

LA FE Y EL MUNDO

En las Cortes se está debatiendo el proyecto de Ley Sindical. La Jerarquía católica —a diferencia de otras veces— ha manifestado públicamente su punto de vista acerca de este proyecto. Pero la verdad es que el lector imparcial se encuentra perplejo ante la divergencia de actitudes manifestadas por los obispos. Y, de esta manera, unos eligen unas afirmaciones, mientras los otros escogen otras muy diferentes que les convienen más.

La Comisión Episcopal de Apostolado Social ha hecho público un comunicado afirmando que el proyecto de Ley Sindical «no recogía satisfactoriamente» los principios de libertad sindical, autonomía y representatividad.

Por otro lado, la prensa ha informado que diversos obispos han remitido al señor Allende —en función encargada de ministro de Sindicatos— comunicaciones en las cuales «mientras unos consideran necesaria la reforma de algunas disposiciones del proyecto, otros opinan que la nueva redacción del texto ha supuesto un avance con respecto a la anterior». (Diario «Pueblo», 3 de noviembre de 1970.)

Y por si esto fuera poco, monseñor Cantero ha mediado en este asunto con un discurso yendo al punto álgido de la cuestión y señalando que «a la luz de la doctrina social de la Iglesia, la unidad o el pluralismo sindical son una exigencia coyuntural, no ética, del movimiento sindical, y cuya preferencia —unidad o pluralismo— ha de ser elegida atendiendo a las circunstancias de las realidades políticas, socio-económicas o culturales de cada país y época». (Diario «Pueblo», 5 de noviembre de 1970.)

Esta experiencia plural de nuestros obispos —al menos para el lector sencillo— yo diría que es nueva en la historia de las actitudes eclesiásticas públicas.

El motivo es simple: antes había el criterio de ocultar lo más posible cualquier diferencia o matización en las actitudes jerárquicas; hoy, en cambio, con los grandes medios de difusión, y con el mayor sentido democrático que se quiere para la vida, es imposible formar ese bloque a que estábamos acostumbrados.

Pero los problemas que de ello se derivan surgen también en forma novedosa. Porque muchos nos preguntamos entonces dónde se encuentra esa autoridad eclesiástica clara y tajante que, para afirmar o para rechazar, habíamos visto corrientemente hasta hace poco en nuestra vida de católicos.

Ante esta pregunta hemos de empezar a ahondar en la cuestión, desligándonos un poco del problema concreto de que se trata, para adquirir un criterio que pueda dirigirnos en nuestra propia vida de creyentes.

Y a poco que pensemos, averiguaremos que el magisterio de la Iglesia tiene que empezar claramente a adquirir en nuestra consideración una nueva actitud más coherente y lógica con los postulados básicos del cristianismo. Habíamos confundido dos planos hasta ahora: el disciplinario o jurídico y el educativo. Y al confundir ambos planos transferíamos lo que era de uno al otro, y viceversa.

Pero si el magisterio es función de «maestros», quiere esto decir que no podemos apoyar el acento en la pura disciplina autoritativa. Si el maestro tiene que educar, lo tendrá que hacer con los procedimientos propios de nuestra cultura del siglo XX, y tendrá que desechar el sistema de «la letra con sangre entra», al que la estructura humana de la Iglesia estuvo tan acostumbrada. Ya no cabrá imposición, dominación u obediencia pasiva, sino que al que es enseñado se le tendrá que pedir actividad, participación y diálogo para ser un convencido y no un autómatas del que manda la Iglesia.

Por eso, todo lo que antiguamente se resolvía por medios autoritativos, hoy tenemos que resolverlo por medios educativos, según los métodos activos de la pedagogía actual.

Y tendremos que acostumbrarnos, creyentes y no creyentes, a ver una nueva perspectiva en la Iglesia que hasta ahora no habíamos conocido. El magisterio y la autoridad de la Iglesia deben ser un instrumento educativo; pero no un instrumento que se nos imponga por la simple fuerza de la autoridad jurídica.

De ahí que, en cualquier cuestión que roce a la organización de nuestra vida o de la sociedad, pediremos a los

jerarcas católicos que nos ayuden con sus orientaciones para educar el sentido abierto, progresivo, favorecedor de la libertad y de la justicia que debe tener el cristianismo. Pero no se nos ocurrirá ya utilizar las expresiones de los obispos como una maza para callar autoritativamente a los demás.

Porque si no lo hacemos así nos encontraremos ante la paradoja, constante en el mundo actual, de que los más progresivos y democráticos hacen apelaciones autoritativas a la jerarquía para callar a los más conservadores y clericales, que hoy en día se sienten incómodos con ciertas orientaciones abiertas de los dirigentes del catolicismo.

Aunque esta apelación pueda ser más o menos cómoda, yo entiendo que ya no debe tener vigencia, sino que debemos llegar a lo que decía el famoso especialista padre Joseph Lecler, S. J.: que al adquirir los seglares esa mayoría de edad —que hoy se nos concede, al menos de palabra— la Iglesia no pueda seguir ejerciendo la tutela medieval que ejercía sobre muchas cosas temporales. Lo que tendría que hacer es «actuar sobre la sociedad humana por medio de sus fieles que vivan integralmente su fe». (*L'Eglise et la souveraineté de l'Etat*, ed. Flammarion, Paris.)

De ahora en adelante empezaremos a tener mucho cuidado al decir que existe una doctrina social católica o una doctrina económica de la Iglesia. Porque si es verdad que el cristianismo es lo divino encarnado, esto no puede ser —como señalaba en mi artículo anterior— una serie de ideas y conceptos sobre el mundo aplicados lógicamente a los problemas concretos de nuestro tiempo, ya que «el cristianismo no es una elaboración de ideas...; el cristianismo nada tiene que ver con una ideología». (K. Rahner: *Est-il possible aujourd'hui de croire?*, ed. Mame.)

«No hay posibilidad de encontrar a Dios al final de un razonamiento científico; pero es posible descubrirlo en la evolución del mundo... como un impulso vital —tal como decía Bergson—; le percibimos en nosotros mismos como una exigencia de ser lo más y mejor... y esta moción creadora (que percibimos en nuestra vida igual que en la acción de la Naturaleza) es lo que nosotros llamamos Dios... y que nos lleva sin fin más allá de nosotros mismos». (Eugène Joly: *Qu'est-ce que Croire?*, ed. A. Fayard, Paris.)

Dios —para el cristiano— ya no debe ser esa figura estereotipada de un Super-Amo que nos gobierna hábilmente como autómatas con aparente libertad. Para el cristianismo lo divino se descubre en esta subida hacia arriba y hacia los demás que experimentamos en nuestros mejores momentos, y que se convierte en un anhelo de hacer perdurablemente una sociedad más humana.

Por tanto no deberemos buscar la fuerza de la apelación doctrinal o de la apelación disciplinar para guiarnos en nuestra vida acerca de todos los problemas humanos —individuales o sociales—, sino reflexionar seria y responsablemente cada uno de nosotros —ante cualquier apelación clara o difusa de la jerarquía— sobre el sentido desarrollador que debe tener siempre lo cristiano. Y cuando, ante nuestro juicio leal y sincero, encontremos cualquier realización concreta que no se acopla a este sentido desarrollador, a este sentido más abierto, más humano, más participador y más fraternal, decidiremos en conciencia nuestra postura; pero no debemos resguardarnos infantilmente en las palabras exteriores de lo que nos dice una autoridad eclesiástica, ya que, si así lo hacemos, nos condenamos a que quien piense de distinta manera que nosotros encuentre siempre su propia justificación en otras palabras que provienen también de la jerarquía.

El cristianismo no es un molde hecho que resuelve todos los problemas humanos. Es un sentido abierto y constructivo para la vida, si es que de verdad tenemos una concepción dinámica de lo divino, y no una concepción estática y paralizadora.

Y hemos de ser nosotros mismos quienes —codo con codo con otros hombres que no son creyentes— descubramos todo lo que es positivo, liberador y desarrollador. Tenemos que sentirnos al unísono con todo leal no creyente, sin separación alguna de ellos por motivos raciales, ideológicos o religiosos, con el fin de buscar conjuntamente la misma meta liberadora en este mundo.

MIRET MAGDALENA